

TIEMPO ORDINARIO**10º durante el año****10 de junio****INVOCAMOS LA LUZ Y LA FUERZA DEL ESPÍRITU SANTO****PARTIR DEL TEXTO DE LA VIDA**

Podemos compartir: ¿cómo hemos vivido, en la fe, la Celebración del Corpus Christi el domingo pasado?

LECTURA:**Mc 3,20-35***¡Habla, Señor, que tu pueblo escucha!***REALIZAMOS EL ECO:**

El hombre contemporáneo se está acostumbrando a vivir sin responder a la cuestión más vital de su vida: por qué y para qué vivir. Lo grave es que, cuando la persona pierde todo contacto con su propia interioridad y misterio, la vida cae en la trivialidad y el sinsentido.

Se vive entonces de impresiones, en la superficie de las cosas y de los acontecimientos, desarrollando solo la apariencia de la vida. Probablemente esta trivialización de la vida es la raíz más importante de la increencia de no pocos.

Cuando el ser humano vive sin interioridad, pierde el respeto por la vida, por las personas y las cosas. Pero sobre todo se incapacita para escuchar "el misterio que se encierra en lo más hondo de la existencia"

El hombre de hoy se resiste a la profundidad. No está dispuesto a cuidar su vida interior. Pero comienza a sentirse insatisfecho: intuye que necesita algo que la vida de cada día no le proporciona. En esa insatisfacción puede estar el comienzo de su salvación.

El gran teólogo Tillich decía que solo el Espíritu nos puede llevar a descubrir de nuevo el camino de lo profundo. Por el contrario, pecar contra ese Espíritu Santo sería cargar con nuestro pecado para siempre.

El Espíritu puede despertar en nosotros el deseo de luchar por algo más noble y mejor que lo trivial de cada día. Puede darnos la audacia necesaria para iniciar un trabajo interior en nosotros.

El Espíritu puede hacer brotar una alegría diferente en nuestro corazón; puede vivificar nuestra vida envejecida; puede encender en nosotros el amor incluso hacia aquellos por los que no sentimos hoy el menor interés.

El Espíritu es una fuerza que actúa en nosotros y que no es nuestra. Es el mismo Dios inspirando y transformando nuestra vida. Nadie puede decir que no está habitado por ese Espíritu. Lo importante es no apagarlo, avivar su fuego, hacer que arda purificando y renovando nuestra vida. Tal vez hemos de comenzar por invocar a Dios con el salmista: no apartes de mí tu Espíritu.

No son pocas las personas que se sienten hoy indefensas ante los ataques que sufren desde fuera y ante el vacío que las invade desde dentro. La sociedad moderna tiene tal poder sobre los individuos que termina por someter a muchos apartándonos de la esencia e impidiéndoles cultivar lo mejor de sí mismos. Atrapada por lo inmediato de cada día, muchas personas viven demasiado agitadas, demasiado aturdidas por fuera y demasiado solas por dentro como para poder detenerse a meditar sobre su vida e intentar la aventura de ser más humanas.

La publicidad masiva, el afán consumista, los modelos de vida y las modas dominantes imponen su dictadura sobre las costumbres y las conciencias, enmascarando su tiranía con promesas de bienestar. Casi todo nos arrastra a vivir según un ideal que está ya asumido e interiorizado socialmente: trabajar para ganar dinero, tener dinero para adquirir cosas, tener cosas para vivir mejor y ser alguien. ¿No es ésta la meta de muchos?

No es fácil revelarse contra esta forma de entender y vivir la vida; se necesita una buena dosis de lucidez y coraje para ser diferente. Las personas terminan casi siempre renunciando a vivir algo más original, noble o profundo. Sin proyecto de vida y sin más ideales, los individuos se conforman con vivir bien y sentirse seguros. Eso es todo.

Para reaccionar antes esta situación, el ser humano necesita adentrarse en su propio misterio, escuchar su vocación más honda, intuir la mentira de este estilo de vida y descubrir otros caminos para ser más humanos. Necesita esa fuente de luz y de vida que, ha perdido el hombre moderno.

El Evangelio de Juan llama al Espíritu Santo como defensor, el que ayuda siempre y en cualquier circunstancia, el que da paz y libertad interior, el espíritu de la verdad que mantiene vivo en el creyente el espíritu, el mensaje y el estilo de vida del mismo Jesús.

Si el nos alerta severamente sobre la blasfemia contra el Espíritu Santo es porque este pecado consiste precisamente en cerrarse a la acción de Dios en nosotros, quedándonos desamparados, sin nadie que nos defienda del error y del mal.

La cultura moderna exalta el valor de la salud física y mental, y de dedica toda clase de esfuerzo para prevenir y combatir las enfermedades: pero al mismo tiempo estamos construyendo entre todos una sociedad donde no es fácil vivir de modo sano.

Nunca ha estado la vida tan amenazada por el desequilibrio ecológico, la contaminación, el stress o la depresión. Por otra parte venimos fomentando un estilo de vida donde la falta de sentido, la carencia de valores, un cierto tipo de consumismo, la trivialización del sexo, la incomunicación y tantas otras frustraciones impiden a las personas crecer de manera sana.

Ya Freud, en su obra el malestar en la cultura consideró la posibilidad de que una sociedad esté enferma en su conjunto y pueda padecer neurosis colectivas de las que, tal vez, pocos individuos son conscientes. Incluso puede ser suceder que, dentro de una sociedad enferma, se considere precisamente enfermos a los que están mas sanos.

Algo de esto sucede con Jesús, de quien sus familiares piensan que no está en sus cabales, y los letrados y las clases intelectuales de Jerusalén consideran que tiene adentro a Belzebul. En cualquier caso, hemos de afirmar que una sociedad es sana en la medida en que favorece el desarrollo sano de las personas. Cuando por el contrario, las conduce a la fragmentación, cosificación o deterioro, hemos de decir que esa sociedad es, al menos en parte, patógena. Por eso hemos de ser suficientemente lúcidos para preguntarnos si no estamos cayendo en neurosis colectivas y conductas poco sanas sin apenas ser conscientes de ello.

¿Qué es mas sano, dejarse arrastrar por la vida de confort, comodidad o exceso, que adormece el espíritu y la creatividad de las personas, o vivir de modo sobrio moderado, sin caer en la patología de la abundancia?

¿Qué es mas sano, seguir girando por la vida sin sentido, reduciéndola a un sistema de deseos y satisfacciones, o construir la existencia día a día dándole un sentido último desde el seguimiento a Jesús?

Jung se atrevió a considerar la neurosis como el sufrimiento del alma que no ha encontrado su sentido.

¿Qué es más sano, llenar la vida de cosas o cuidar las necesidades mas honda y entrañables del ser humano, en la relación de la pareja, en el hogar y la convivencia social? ¿Vivir acaparando o compartiendo?

¿Qué es mas sano, reprimir la dimensión religiosa vaciando de trascendencia nuestra vida o vivir desde una actitud de confianza ante ese Dios revelado en Jesús como amigo de la vida, que quiere y busca la plenitud del ser humano?

La fe no es una reacción automática, sino una decisión personal que ha de madurar cada individuo. Por eso cada creyente ha de hacer su propio recorrido. No hay dos formas iguales de vivir ante el misterio de Dios.

Hay personas intuitivas que no necesitan reflexionar mucho ni detenerse en análisis complejo para captar lo esencial de la fe; saben que todos caminamos en medio de tinieblas y vislumbrar que lo importante es confiar en Dios. Otros, por el contrario, necesitan razonarlo todo, discutirlo, comprobar la racionalidad del acto de fe. Solo entonces se abrirán a sus misterios.

Hay personas muy espontáneas y vitalistas que reaccionan con prontitud ante un mensaje esperanzador: escucha el evangelio y rápidamente se despierta en su corazón al respuesta confiada. Otros, sin embargo, necesitan madurar mas lentamente sus decisiones: escucha el mensaje cristiano, pero han de ahondar despacio en su contenido y sus exigencias ante de asumirlo como principio inspirador de sus vidas.

Hay gente pesimista, que subrayan siempre los aspectos negativos de las cosas. Su fe estará probablemente teñida de pesimismo: se está perdiendo la religión, la Iglesia no reacciona, ¿porqué permite Dios tanto pecado e inmoralidad? Hay también personas optimistas que tienden a ver lo positivo de la vida y viven su fe con tono confiado: esta crisis purificará al cristianismo, el Espíritu de Dios está actuando también hoy, el futuro está en manos de Dios.

Hay personas de talante contemplativo con gran capacidad de vida interior. No le resulta tan difícil hacer silencio, escuchar a Dios en el fondo de su ser y abrirse a la acción del Espíritu. Pero hay también personas de temperamento mas activo. Para estas la fe es compromiso práctico, amor concreto al hermano, lucha por un mundo mas humano.

Hay gente de mentalidad conservadora que tiende a vivir la fe como una larga tradición recibida de sus padres; les preocupa sobre todo conservar fielmente las costumbres y guardar las tradiciones y creencias religiosas. Otros, por el contrario, tienen la mirada puesta en el futuro, para ellos la fe ha de ser principio renovador, una fuente permanente de creatividad y de búsqueda de caminos nuevos al reino de Dios inaugurado por Jesús.

El temperamento y la trayectoria de cada uno condicionan el modo de creer de las personas. Cada uno tiene su estilo de creer. Sin embargo, todos hemos de saber que Jesús le da importancia decisiva a una cosa: es necesario hacer la voluntad de Dios. Así dice a la gente: el que cumpla la voluntad de Dios ese es mi hermano y mi hermana y mi madre.

La búsqueda fiel de la voluntad de Dios caracteriza siempre al verdadero seguidor de Jesús.

No pocos cristianos piensan que Dios se preocupa de verdad solo de la salvación de algunos elegidos. Y en los tiempos bíblicos Dios escogió al pueblo de Israel y, dejando de lado a los demás pueblos, solo se ocupó de los Israelitas. Hoy Dios sigue siendo el mismo: solo garantiza con seguridad la salvación de quienes están en la Iglesia católica, olvidando prácticamente a los que están afuera, es decir, a la inmensa mayoría de hombres y mujeres que han vivido y viven y vivirán en la tierra.

Sin embargo, nada más lejos de la realidad de Dios que este extraño favoritismo. ¿Cómo es posible mantener ni por un instante la imagen cruel de un Dios que, habiendo engendrado a tantos hijos e hijas a lo largo de los tiempos, los deja luego prácticamente abandonados para dedicarse a sus elegidos?

No piensa así ni el concilio Vaticano II ni la teología contemporánea. Donde hay un hombre o una mujer, allí está Dios suscitando su salvación, esté dentro o fuera de la Iglesia. A todos los crea Dios por amor; a todos los sostiene y acompaña por amor; para todos busca la dicha eterna. No ha habido nunca, en ningún rincón del mundo, un ser humano que no haya nacido, vivido y muerto amparado, acogido y bendecido por el amor grande de Dios.

No hemos de empequeñecer a Dios viviendo la fe desde un particularismo provinciano. La Iglesia es lugar de salvación, pero no el único. Dios tiene sus caminos para encontrarse con cada ser humano, y esos caminos no pasan necesariamente por la Iglesia. Hemos de recuperar el sentido profundo y originario del término católico. Es decir la apertura a lo total, lo universal. Ser católico es alabar, celebrar y dar gracias a Dios por la salvación universal,. Se ofrece a todos, dentro y fuera de la Iglesia.

Jesús lo vive desde un horizonte amplio donde caben todos. Según el relato de Marcos, cuando él habla de su madre y sus hermanos, responde ensanchando su mirada hacia todos los que viven fielmente ante Dios: todo el que cumpla la voluntad de Dios ese es mi hermano y mi hermana y mi madre.

ORACIÓN COMUNITARIA:

Ahora realizamos, las suplicas, acciones de gracias o peticiones que podamos agregar.....

ACTUAMOS: PROPÓSITO DE ESTE ENCUENTRO: personal y comunitario